

Autor: *Vicente de la Fuente.*

Título: *Costumbres Estudiantiles. El Día de San Blas de Meco.*

Publicación: *Museo Internacional del Estudiante, 2009.*

Ver. original: *Semanario Pintoresco Español, 1842.*

Es cosa muy comun en los hombres el no apreciar los bienes reales hasta tanto los ha perdido, y cuando ha llegado este caso, hacer *propósitos de enmienda*, y proyectos para cuando se vuelvan á poseer. Por eso los enfermos ofrecen guardar exactamente los preceptos higiénicos; los calaveras tratan de reformarse al verse arruinados por sus excesos; y los estudiantes disertan sobre economía, cuando se hallan *declarados en trueno*. Por esta razon tambien, ahora que ya no hay universidad en Alcalá, me gusta recordar las bromas, las orgias y bacanales estudiantinas, y hasta las costumbres y romerías anuales de aquella universidad.

Yo quisiera que alguna otra pluma mejor cortada que la mia se emplease en describir dicha costumbres, especialmente las de aquellas en que el carácter estudiantil se ponía en movimiento, y desplegaba toda su energía. Por ejemplo, aquellos días de apuros para confesar, el día de la Concepcion, (segun disponia el plan de 1824,) aquel continuo preguntar por un *fraile de manga ancha ó por un capellan sordo*, y las astucias para sonsacar una papeleta de Comunion, y ahorrarse un sacrilegio.

La actividad y animación que reinaba el día 18 de diciembre en que se trasladaban á Madrid 350 estudiantes, de los 400 que poblaban la universidad, y el continuo movimiento y trasiego de gondolas y faetones, mensagerías y galeras, calesas y caballos de alquiler, cargados todos de escolares, que se llamaban de una parte á otra, y se dirigian mutuamente ó bien pullas y sarcasmos picantes, ó bien quejas ó reconvenções: los disfraces y las precauciones de los que viajaban de *incógnito*, por temor de ser descubiertos por sus familias. Y finalmente las embestidas á los *crasos* el día de S. Anton (de que se habló en el Semanario del año pasado,) y otras mil escenas que seria prolijo enumerar.

Con todo no puedo resistir á la tentación de hacer un pequeño bosquejo de la romería á S. Blas de Meco, que era otra de las costumbres no menos marcadas de aquella universidad, y constituia, por decirlo asi *una de las fiestas de tabla de los estudiantes*.

El pueblo de Meco está situado una legua al N. de Alcalá, sobre una cordillera de montecitos que dominan la estensa y fértil campiña, que no sin fundamento se llamó en la edad media el *campo laudable*. (*Alcalá super campum laudabilem.*) Desde la torre del pueblo se descubre una dilatada, sino hermosa perspectiva desde las inmediaciones de Torrija á las de Guadalajara; por el frente la limitan unos cerros pelados, á cuyos pies corre el Henares, que semejante á un avaro, arrastra sus aguas por las tierras sin beneficiarlas.

Si alguno quisiere saber mas detalles acerca de Meco, puede preguntar á cualquier segador gallego; los cuales hace tiempo que tienen cuenta pendiente con los de este pueblo, desde que á uno de ellos lo hicieron *neutro*, por medio de una operación quirúrgica, por lo cual dijo el poeta Salas, en la decima de los gallegos.

y vá el verano á segar
con gusto á todo lugar

menos al pueblo de Meco.

Pero dejando aparte noticias topográficas, estadísticas y chismográficas, conviene á saber que el pueblo de Meco conoce por su patron desde tiempo inmemorial al glorioso San Blas, sin duda porque sus vecinos padecieron en algun tiempo anginas, ó por temor de algun otro ataque en las *termópilas yugulares*, (como decia un culto,) ó en el *pasapan* como dicen los chisperos. Para celebrar pues cual era justo aquel patronato, solia ofrecerle el pueblo de Meco solemnes cultos: sucedia como en otras muchas cosas, que se principiaban por Dios y se concluia con el diablo: es decir, que por la mañana concurría el pueblo á la iglesia, y habia Misa con organo y sermon &c. pero luego que salia la gente de la iglesia hacia lo que segun Moises practicaron lo judios en el desierto, cuando la broma del becerro de oro; sentarse á echar un *trinquis*, y levantarse á retozar, (*sederunt bibere et surrexerunt ludere*), y entonces era cuando el diablo asomaba los cuernos. En efecto por la tarde habia baile en las eras, con gaita y tambor, y las hidalgas (que no eran pocas) salian á lucir el talle, y era de rigor llevar basquiñas con una gran franja, ó tira de terciopelo, por lo bajo, bien que últimamente esta venerable observancia iba desapareciendo como todas las cosas buenas.

La estudiantina, que jamás perdia baza, no dejaba de acudir anualmente á solemnizar estes cultos, aunque á decir verdad, no precisamente por devocion á S. Blas, pues la mayor parte ni aun se arrimaban á la iglesia, siquiera por ver su arquitectura no despreciable. Los estudiantes mas juiciosos se retiraban con tiempo hácia Alcalá, con lo cual disfrutaban el placer de encontrar á su regreso con las ninfas del Henares (¡jum!) que salian á pasear á la fuente de *caño gordo*: pero los estudiantes de pelo en pecho, los que sabian terciar un manteo, y colocar un tricornio en batalla, apoyado sobre la oreja derecha, se hubieran tenido á menos de abandonar el

campo de batalla, hasta tanto que huyeran las *dulces enemigas*. (espresion clásica.)

Y no era eso lo peor, sino que á las Mequeras, que al fin eran mujeres, solia antojárseles el coquetear con los estudiantes y darles la preferencia; y gustaban de bailar con ellos, y sonreirse cuando les hacian alguna mueca.

Ellas decían que era por espíritu de hospitalidad, pues parecía muy justo obsequiar á los forasteros; pero los mozos de Meco daban á Barrabas aquella hospitalidad, de la cual pudieran ellos decir lo que de los usos de este pais dijo el embajador portugués, “*estos cumprimientos da Casthela me riventan.*” De aqui provenía, que pasando unos y otros de las muecas á las palabras, y de las palabras á los insultos, apelaban á los garrotos, que es al última razon de los plebeyos, á la manera que se dice de la guerra, *última ratio regum*: era esto tan frecuente que apenas había año que se bailara la *rueda* sin el correspondiente acompañamiento de los trancazos.

A pesar de esto, estaba tan arraigada aquella romería entre los estudiantes, que ni palos, ni pedradas, ni balazos lograron arrancarla, y aun en los últimos tiempos, en que la universidad iba decayendo, y el jenio estudiantil habia recibido un golpe mortal, con la abolicion de los manteos, se mostró esta costumbre pujante, á despecho de rectores y catedráticos. Baste decir que duró hasta el último año, que estuvo allí la universidad, y que semejante á los fuegos artificiales, dio fin *con una estrepitosa bomba*.

Efectivamente aquel año (que creo fue el 36) hubo una estupenda riña, con su obligado de pedradas y garrotazos, y muertos, heridos y prisioneros, como en parte de gaceta: al dia siguiente subió la milicia de Alcalá, y volvió con unos 16 presos, para entretenimiento de escribanos y abogados.

Pero dejemos esto aparte, porque el escribir la historia contemporánea tiene *cuatro bemoles*, según dicen los *péritos*. Por tanto pasaré á otro suceso algo más antiguo, aunque sea esponiéndome á que digan, que refiero cuentos de viejas.

Ocurrió, pues en un día de S. Blas de los últimos del siglo pasado, (según contaba mi patrona de Alcalá) que se le antojó subir á Meco al bachiller *Sotanillas*, que estaba de pupilo en su casa, y con quien tenía ella entonces tratos, (lícitos por supuesto), pero que no son de este lugar. En vano la tía Coleta (patrona de Sotanillas cuando jóven, y mia cuando ya tenía algo más de un doblon de años) le hizo presentes con amoroso afán los riesgos á que se esponía, y le conjuró por todo lo que más amaba en este mundo, que no fuese á Meco, ó que volviese antes de ponerse el sol y sobre todo que no armase quimeras con nadie; pero Sotanillas tenía una cabeza tan dura, que no parecía sino que la habían fabricado de Cariñena, y remachado en Belchite, y habiendo determinado *enlazar* cinco días, no quiso apear-se de aquel proposito.

– “Mira , Coletilla, (le dijo al despedirse) hoy miércoles San Blas, mañana es S. Blasito, al otro Sta. Agueda y el sábado Sta. Aguedita, los cuatro son días de fiesta en Meco, y luego viene el domingo. He determinado pues, á invitacion de un condiscípulo del pueblo, *enlazar* cinco días, y tronar nada más que tres cátedras y la academia del domingo. Te doy palabra de no meterme con nadie, pero si alguno de aquellos *ciclopes* me insulta, ya ves..... no ha de consentir uno que el honor escolar vaya por esos suelos. Por si acaso aqui llevo mi nabaja, y en el bolsillo de los calzones una pistola de arzon, con que no hay que tener cuidado: *salve domina*.” –Dicho esto salió á la calle más ufano con su pistola y su nabaja, que si llevara todas las baterías de Gibraltar, y la *pluma prodijiosa* por añadidura.

Serían las seis de la tarde cuando el pícaro de Sotanillas se retiraba de la rueda, *haciendo la rueda* (y perdóneseme el

retruécano) á una muchacha de Meco, con quien habia bailado, y con la que habia contraído en poco rato algunas relaciones, sin acordarse de las que dejaba en Alcalá.

Ello es que Sotanillas andaba tan embebido en su nueva conquista, que ni aun tomó parte en dos ó tres quimeras que armaron los estudiantes, ¡cosa rara en su jenio! ni siquiera preguntó por su condiscípulo.

Desde las heras fue Sotanillas en compañía de la pareja á su casa, pues habia baile aquella noche. Seguíanlos á poca distancia un mozállon embozado en su manta y con el sombrero calado hasta las cejas, de modo que apenas se le veían los ojos y el arrugado entrecejo.

– ¿Sabe V., prenda, preguntó Sotanillas á su pareja, quien es ese *cíclope*, que nos va acechando toda la tarde?

– Ese es mi primo.

¿Y sabe V. si á su primo le duelen las muelas?

Yo no sé: ¿por qué lo decia V.?

Porque nos mira con un ceño, como si mascàra agraces.

Será que tendrá zelos.

¡Oiga! ¿con que es un primo con honores de *futuro* ¡los matrimonios entre primos comunmente son aciagos!... y ya iba Sotanillas á echar un enorme párrafo del *Sanchez sobre el Matrimonio*, que habia aprendido de memoria la última vez que le habia tocado disertar, pero afortunadamente llegaron en aquel

momento al zaguan de la casa, y el bachiller no pudo lucir su erudicion.

Poco rato despues principi3 el baile, y Sotanillas tuvo que encargarse *interinamente* de una guitarra, con no poco dolor suyo, pues yo bien habia abandonado 3 su pareja, cuando el *ciclope* segun el llamaba 3 su antagonista se abalanz3 3 su prima, la cual sali3 3 bailar con el, y sin resistencia alguna, las seguidillas de la tirana, que estaban entonces muy en boga. En vano trat3 Sotanillas de perder el compas, y rasc3 la guitarra tan desaforadamente, que hizo saltar dos cuerdas y un bordon, porque el ruido de las castañuelas, el pateo de los bailarines, y la estrepitosa armonia de los yerrecillos y de la pandera, ahogaban todos los sonidos y apenas dejaban percibir el de la vihuela. En un momento de silencio el estudiante enton3 aquella seguidilla.

En Alcal3 de Henares
los estudiantes
3 las ni3as bonitas
dan para guantes.
Anda morena,
vete con estudiante
no te de pena.

al concluir Sotanillas se oyeron al gunos murmullos, toses y silbidos, y tomando la voz uno de los de la orquesta, dispar3 al pobre bachiller la siguiente contestaci3n.

Fiate de estudiante
que ir3s segura,
como p3jaro en mano
de criatura.
Tente, tirana,
no vuelvas tranquila

yendo por lana.

– “Eche V. yesca, compadre” dijo el primo pasando por junto á Sotanillas con su pareja, y se rió en sus barbas.

– “Alla va yesca y nabaja,” dijo el bachiller, y sacó la suya.

– “Pues á hí vá ese pedernal,” respondió el primo; y sacudió un sillazo á Sotanillas, el cual fue á herirle con su nabaja, pero erró el golpe, como que estaba ciego de cólera y aturdido con el porrazo; y no fue eso lo peor, sino que perdió la nabaja, que cayó en poder de sus contrarios. Llovian puñadas é insultos sobre el pobre estudiante, cuando de repente sacó este su pistola y poniéndose en medio de la puerta, que estaba inmediata, apuntó con ella á sus contrarios, los cuales retrocedieron apresurosos atropellando á las mujeres. Entonces se levantó por todas partes un griterio infernal: las mujeres chillaban, los hombres alborotaban, el amo de la casa se lamentaba de aquella violacion, y el primo poniéndose delante animaba á sus compañeros diciendo: – “A el que lo mas que puede hacer es matar á uno.” – Y ese vas á ser tu, si alguno se atreve á dar un paso. – Fuera ese grajo.– ¡Qué no tuviera yo aquí mi escopeta...

– Señores, que estan V. en una casa de honor.

– Juan no te comprometas. – Tales eran algunas de las espresiones que se oian entre otras mil inconexas, hasta que uno de los mozos derribó de un garrotazo el velon de cuatro mecheros, que pendia del techo, gritando al mismo tiempo “ande el miscrere.” – Entonces Sotanillas disparó á bulto la pistola: retembló la casa, desmayaronse las mujeres, apretaronse los mozos unos con otros, y reinó por brebes momentos un intervalo de silencio, durante el cual solo se oyeron los brincos del bachiller, que bájaba las escaleras de cuatro en cuatro: por desgracia, perdió el tino, se despachurró de narices contra la pared, torciose un pie, y rodó todo el último tramo.

Aturdido con aquel nuevo porrazo apenas tuvo tiempo para arrojarse detrás de los aperos de labor, sin poder tomar la puerta, á pesar de estar abierta. Pero esta que el se figuró desgracia, fue su salvacion , pues bajando los mozos y viendo la puerta de par en par, se lanzaron en busca del fugitivo, y corrieron en vano las calles y las inmediaciones del lugar en busca suya, Entre tanto el pobre Sotanillas yacia en el zaguan de la casa del baile, contuso y medio exánime, teniendo una albarda por almohada, y por cama las cabezadas de las mulas, sobre las cuales habia caido casi sin conocimiento.

Poco rato despues concluyeron de marcharse las mujeres y las visitas, y toda la casa quedó en profundo silencio: el amo de ella bajó, cerró por su mano la puerta, y dejó la llave colgada de un clavo, junto á la entrada del sótano. Sotanillas miró como un favor del cielo el que hubiese quedado la llave á su disposicion , pero cuando probó á levantarse, apenas pudo ponerse en pie: entonces se acordó del calvo de la fábula, que se encontró un peine, maldijo su atolondramiento, y acosado de vehementes dolores, se arrojó contra la albarda, abandonándose á su destino.

Haria como dos horas que se hallaba en tal situacion, cuando oyó toser en la calle, y luego sonaron dos palmaditas, aplicó el oido, y pocos minutos despues sintió abrir una puerta con cautela, y el roce de un guardapies contra la escalera. Una vez cambiado el santo y seña, entró el primo á ver á la prima, pues eran ambos los de las toses y las palmaditas, y por la conversacion pudo inferir Sotanillas, que no era aquella la primera cita á que habian asistido. Despues de varias reconvencciones y descargos, transportes celosos y protestas amorosas, desatóronse uno y otro en invectivas furiosas contra los estudiantes, y la buena de la prima vino á confesar, que habia puesto buena cara al *mico de la pistola*, solo para reirse á costa suya. Ya no pudo sufrir mas Sotanillas; levantóse como pudo, empuñó su pistola,

y agarró por el cogote *al ciclope*, y le amenazó matarle allí mismo si hacia el menor movimiento para escaparse. Dejo á la penetracion de cada uno, el terror y la sorpresa que se apoderaría de los primos con la aparicion repentina, invisible y casi fantástica *del mico de la pistola*. Si la prima hubiera tenido algunos conocimientos de drámaticos, debiera entonces haberse desmayado, pero como no habia llegado aun la moda de los ataques nerviosos, ni los desfallecimientos eran aun de buen tono, la prima no se desmayó, aunque si quedó trémula y convulsa.

– Pues bien, dijo el estudiante, despues de un moment de silencio, burlaros ahora. Aquí tengo la pistola cargada otra vez: si dais el menor grito, ó haceis un movimiento, tu quedas muerto, y ella infamada: por lo que á mi toca me importa poco de los resultados, porque estaba ya deciodido á morir.

– ¿Pues qué remedio hay? exclamó el primo.

– Uno muy sencillo: llévame hasta Alcalá, y nos libramos los dos de la muerte y esta de la infamia; yo te ofrezco callar.

– Pues bien: ¿quién os impide el iros?

– Nadie, pero no puedo andar, ni sabré el camino.

– Mira, estudiante: vente á mi casa: yo mismo te aparejaré mi mula, y te acompañaré hasta *el Encinar*: – La mula tendrá quizás mal paso, y yo estoy derrengado, ademas no quiero fiarme de ti, pues conozco que me jugarías alguna treta.

– ¿Pues qué quieres que haga?

– Es muy sencillo lo que yo quiero: tú debes tener un paso mas sentado que la mula del *Prior Sopedrán*, con que asi tómate acuestas, y llévame hasta Alcalá.

– ¡Yo habia de hacer de macho! ¡por vida de los altos, de la *Humosa*....!

– Calla, ciclope, escoge: la pistola á la albarda.

El pobre mozo no tuvo más recurso que ceder á las amenazas del estudiante y á las súplicas de su prima: debló las rodillas, como el camello, y en seguida Sotanillas se colocó sobre sus hombros, y apoyó las manos y la pistola sobre la cabeza.

– A Dios, buena alhaja (dijo el estudiante á la prima al tiempo de marchar) la cabeza de la cabalgadura me responderá de vuestra fidelidad: al menor conato de traicion le alzo la tapa de los sesos. ¿Ois lo que digo?... ¡*conato de traicion*.

– Mire V., señor estudiante, no le maltrate V. – Pierde cuidado que no le picaré espuela: al fin no es la primera vez que voy en caballo de alquiler.

Rompió pues la marcha hácia Alcalá, y Sotanillas tuvo durante la travesia buen cuidado de recordar á su *alquilon*, que iba despierto, tosiendo de cuando en cuando, y pegándole algunos coscorrones con la pistola, para avisarle que iba prevenido. Al amanecer llegaron á la puerta de casa de la tia Coleta: entonces Sotanillas se apeó, y sacando medio duro del bolsillo se lo dió á su servicial antagonista diciéndole, “*Toma, para que echas un pienso en la venta de Meco.*”